

LA “OBSERVACION DIRECTA” COMO INGREDIENTE DE LA FILOSOFIA ANTIGUA

MIGUEL DA COSTA L.

El mérito más radical de la filosofía desarrollada por los griegos consiste en haber planteado una serie de cuestiones fundamentales que, de una u otra forma, han sido el tradicional debate de los sistemas filosóficos que le sucedieron, y que se han proyectado, con algunas no muy significativas modificaciones, incluso, hasta nuestros días. La historia filosófica ha tratado, a través de todas sus edades en el mundo occidental, de dar una respuesta — la verdadera, según el sistema que las trate — a cada una de estas interrogantes. Es ésta tal vez la herencia más positiva que se desprende de los primeros filósofos helénicos. Si bien es cierto que ellos no escaparon al apasionado embrujo de dar sus propias respuestas e interpretaciones a los problemas planteados, la gran mayoría de ellas, sin embargo, han sido superadas y muchas nos parecen, con la perspectiva que el devenir histórico nos da, demasiadas ingenuas, algunas, para nuestra sofisticada y exigente conciencia contemporánea. Quedan, a pesar de esta aparente objeción, las matrices principales, las grandes líneas directrices en las cuales se han vaciado las inquietudes y reflexiones de más de veinticinco siglos de especulación teórica. Más de un filósofo destacado de nuestra época ha planteado la necesidad de volver al pasado con otra perspectiva. Todavía queda savia que beber y descubrir en estos verdaderos monumentos del mundo

antiguo. Por lo menos plantearnos la situación verdadera en que fueron esbozadas estas cuestiones.

Nos interesa ahora discurrir la forma o los medios de los cuales se sirvió este filósofo griego para llegar a la formulación de estos problemas, es decir, cuál fue el punto de partida o el material del que se sirvió para convertirlos más tarde en objeto de discusión teórica. En este respecto, es indudable que como preámbulo, siempre tendremos que tropezar con la tradición como poderosa fuerza inspiradora de muchas cuestiones filosóficas, sin embargo, no podemos desconocer que estas mismas cuestiones son "nuevas", tienen otro sentido, distinto a la tradición, cuando son formulados con la mira del filósofo, es decir, de alguna manera éste se está oponiendo a la tradición, al mito. Hay una transformación en el procedimiento y método para evaluar el o los problemas. Los ejemplos pueden encontrarse en Hesíodo y los primeros filósofos. Estos últimos no quieren aceptar la explicación del primero y oponen un tipo de explicación nueva que deja atrás al mito, a la imaginación poética y la revelación divina, para transformarse, en suma, en filosofía. Lo mismo puede decirse con Homero y algunos de sus más punzantes críticos, como Jenófanes.

Importa saber entonces, la manera cómo este filósofo enfocó los problemas y se opuso, finalmente, al proceder tradicional. ¿Es que acaso partió de observaciones directas relativas a su propia experiencia personal? Pongo como ejemplo, sus observaciones sobre seres vivos, minerales y aún de aspectos colindantes con la ética. En realidad, dar una contestación definitiva es bastante aventurada, a pesar de que existen fragmentos que pudieran interpretarse, superficialmente, en este sentido positivo.

No olvidemos, en el análisis de este tema y para poder dar una contestación a lo anterior, algo que es peculiarísimo del filósofo griego; él no se detiene en cosas, en fenómenos, que pertenecen a la experiencia diaria, cotidiana, y que por ende, se le antojan como demasiado obvios y naturales. Su atención está puesta más lejos, en aquellos acontecimientos y hechos que pueden ser tildados de sorprendentes, de no-cotidianos. No en balde Teofrasto exclama más tarde, aceptando esta línea impuesta por los filósofos que le antecedieron, "lo extraño clama por la investigación de su causa. Por el contrario, lo que se muestra con sentido es aceptado por los hombres sin que se

mencione la causa; ya que no es difícil sobretenderla" (De Ventis, 59).

Pero en esta cita está implícita la dificultad del asunto y revela los tropiezos y aspectos controvertidos que estos filósofos tuvieron que vencer si realmente querían exponer y dar soluciones nuevas y diferentes a las del mito. Un fenómeno con la cualidad descrita anteriormente, no es tarea para un solo hombre; mientras más extraño sea, tanto más difícil será abordarlo, incluyendo en esta actividad, todas las limitaciones posibles que es de imaginar, en los contados viajes por tierras extrañas para recoger antecedentes; en las dificultades políticas, sociales y aún culturales que significaban los diversos centros de cultura desparramados por el mundo antiguo, e incluso, en la falta de una siquiera primitiva recopilación sistemática de datos.

Estos hechos reales, que pueden buscarse en las historias que nos han legado los griegos, y que tuvieron que darse necesariamente por las circunstancias en que se daba la vida humana en ese entonces, nos llevan a la conclusión de presuponer que gran parte del material utilizado por los filósofos tenía que ser de segunda mano; tenía que provenir de terceros, con las excepciones naturales que parecen deducirse de los mismos textos que han llegado hasta nosotros, sea de los mismos autores o de sus más inmediatos comentadores.

Pero estas excepciones son bastante raras y no escapan a ellas lo que aconteció con los filósofos del helenismo tardío, en los cuales, encontramos muy pocas demostraciones de que efectivamente hubiesen recurrido con cierta frecuencia a observaciones y experiencias propias y directas. Tal vez sea el efecto de la influencia romana la que hace que Panecio y Posidonio, en este período, por ejemplo, relaten — en forma que todavía puede prestarse a discusión — algunas de sus experiencias personales, cosa que imitan a su vez Varro y Cicerón, entre los propios romanos. Pero lo cierto es que si escarmenamos los fragmentos y pensamientos de casi la mayoría de los que componen la herencia escrita de la filosofía antigua veremos que no hay en ellos algo que prosuponga un contacto directo "con las cosas mismas". Revisados los textos más completos de este período, en especial, aquellos pertenecientes al grupo de la filosofía natural escritos por Aristóteles y su amigo Teofrasto, podemos concluir perfectamente de que allí existe un mínimo de indicios que com-

prueben fehacientemente de que cada autor haya efectivamente visto a través de su experiencia lo que trata. Hay más elementos de juicio para pensar lo contrario; la reflexión filosófica utiliza materiales que han sido elaborados o de los cuales existen ya antecedentes previos desde donde partir. Esto es bastante evidente en lo que concierne a los sistemas cosmológicos postulados por los filósofos pre-socráticos. No podemos entender aquí por ejemplo, que el descubrimiento de la forma esférica de la tierra haya sido el resultado feliz de la observación. Es más verosímil que esta observación haya venido después que la especulación pura hubiese postulado la forma esférica, esto es, el elemento realmente decisivo está dado por el esquematismo de una geometría teórica que ha necesitado de la experiencia o de la observación sólo como un hecho secundario o complementario, pero en todo caso, posterior. Para el hombre primitivo era una intuición la forma semiesférica de la bóveda celeste. La especulación comienza realmente cuando esta media esfera es reemplazada o se completa por la esfera entera. Esta misma especulación se hace mayor cuando se elabora la idea de todo un conjunto o construcción celeste que tiene como elemento previo la esfera completa; así se llega a la formulación de la idea de la tierra como esfera colocada en otra esfera concéntrica — el cielo — cuyos movimientos también tendrán la misma cualidad de estos elementos respecto de la figura que trazan. Es lícito suponer entonces, que la comprobación empírica de que la superficie de la tierra era abovedada vino mucho más tarde.

Otro tanto ocurre con los fenómenos meteorológicos. Tenemos que llegar a la conclusión, por las evidencias existentes, que las culturas antiguas le asignaban a estos fenómenos un carácter religioso y presagante de la cual no escaparon los pueblos griegos.

Por esta circunstancia tuvieron que hacerse una serie de registros y acumulaciones de datos y observaciones que fueron patrimonio, en gran medida, de las castas sacerdotales y templos. Es lo que se hizo en Egipto, en la Mesopotamia y en la misma Grecia antigua. Son estos presagios secularizados el material que va a utilizar el filósofo, preferentemente, aún en el caso de que la filosofía de la naturaleza deseche las interpretaciones sacerdotales. Su especulación se aferra, curiosamente, a los hechos anotados o registrados, buscándoles nuevas causas que superen las anteriores.

Pero no se piense que los fenómenos meteorológicos fueron registrados en la antigüedad con fines puramente religiosos y que a partir exclusivamente de ellos los utilizó, con un nuevo criterio, el filósofo. También prevaleció el fin utilitario o práctico. Pensemos un momento el tipo de actividad social que desarrollaron estos hombres para comprender enseguida que como campesinos y como marinos — actividades asociadas al cultivo de la tierra y al comercio marítimo, muy importantes en esa época — debían necesariamente registrar ciertos fenómenos meteorológicos y terrestres que les ayudaron a predecir el tiempo y las estaciones propicias. De allí las tomó casi con naturalidad el filósofo. La anécdota tantas veces descrita, transmitida por Diógenes Laercio, que nos muestra a Anaxágoras presentarse en los juegos olímpicos cubierto de ropajes poco propicios al tiempo reinante y que al cambiar sorpresivamente éste en lluvia torrencial, fue el único de los presentes que no se mojó, explica hasta qué punto el filósofo de ese tiempo entendía de estas cosas. Interesa destacar que éste descartó las posibles implicancias prácticas e interpretaciones religiosas que estos fenómenos celestes tenían, para interesarse exclusivamente en ellos mismos, es decir, la atención que vació en los fenómenos estaba motivada en primerísimo lugar en buscar el origen de ellos. En ambos casos, tanto el práctico como el religioso, son los antecedentes, el material prístimo del cual parte la especulación filosófica. En apoyo de esta tesis pueden darse numerosos ejemplos, extensivos aún al terreno de la astronomía. El poema astronómico de Hesíodo, como también se le llama, no es filosofía, pero sin embargo, los filósofos lo utilizaban como material. Existe una obra de Teofrasto "Sobre los Vientos", en donde hay una especulación que podríamos tildar perfectamente de filosófica, pero ésta fue compuesta sobre la base de observaciones de marinos y campesinos. Lo curioso es que la obra misma no constituye, por supuesto, un manual para el agricultor. Piénsese además, la importancia que tenían, para los efectos de la ordenación del trabajo campesino, la presencia de determinados astros en el firmamento. También estos astros eran decisivos para una adecuada navegación ya que eran los únicos instrumentos naturales que se disponían en ese entonces para orientarse en el mar. Fue conocidísima, además, hasta la época del helenismo la obra jónica "Astronomía para navegantes" que aún no siendo filosófica servía también de material para los amantes de la sabiduría.

Los ejemplos podrían multiplicarse, en los terrenos de la geografía, la medicina, la zoología, la botánica, la antropología, etc., disciplinas que, como es sabido, estaban estrechamente emparentadas con la filosofía en la medida que aportaban materiales que podían ser objeto de una exploración teórica. Los aportes que dio a la filosofía cada una de estas disciplinas, no excluyen a las otras, por cuanto la filosofía, y esto es necesario recordarlo, se apoyó en un material extraordinariamente heterogéneo, en especial aquél que compuso la filosofía de la naturaleza.

La ética no está excluida de la situación que estamos comentando. También aquí existía un trasfondo previo. Recuérdense únicamente las tragedias presentadas por Eurípides. Allí se están manifestando una serie de acciones humanas que exigen una discusión crítica y de fondo. Todo el aporte de la poesía y también de la historiografía constituían un rico material que fue muy bien aprovechado por los filósofos; bien, en el sentido de que dio origen a una discusión filosófica profunda y sistemática de los problemas allí delineados.

Es evidente que lo que se ha dicho con anterioridad no puede dársele una interpretación exagerada y radical, por cuanto no existen (y quizás no existirán nunca) todos los antecedentes, documentos, etc., requeridos para un estudio definitivo y total del asunto. Lo que sí podemos decir con seguridad es que, referido al caso de la observación, o del material del cual nació la indagación estricta de la filosofía, ésta tuvo una utilización en casos bien específicos en la ética y la filosofía de la naturaleza. Pero a su vez, estas observaciones personales del filósofo fueron en su número muy reducido si las comparamos en el contexto general del período histórico que estamos viendo. De ahí que, y según un elemental principio legado por los mismos griegos, no podemos generalizar una situación de la cual los casos probatorios a que se recurren son, en definitiva, los que constituyen la excepción.